

## Elementos básicos del carácter nacional ruso <sup>(1)</sup>

---

Señoras y señores:

Casi no me atreví a subir a esta tribuna. Con todo el amor que tengo a mi patria, traté de evocar los rasgos característicos de su pueblo con toda posible imparcialidad, evitando de embellecer sus defectos, como también de menguar sus cualidades. Pero a la barba de las noticias que nos llegan de Rusia, cuando el corazón se estremece de indignación y de compasión por todo lo que se comete y sufre en ese vasto país, hablar, siquiera, de cualidades rusas debe parecer hoy como una amarga ironía, una monstruosa contradicción; y si un precedente histórico no viniera a autorizarme a encarar la situación rusa con más optimismo que su aspecto actual parece justificar, no tendría el honor de hablarlos.

Es en las enseñanzas de la gran revolución francesa que debemos buscar la clave del barullo ruso. En muchas de las memorias escritas por contemporáneos y actores en la gran tragedia de hace más de un siglo, sus autores confiesan que, renovándose los tiempos revueltos, y una vez restablecido el orden normal, ellos no se reconocieron a sí mismos en las personas que, en esa terrible época, habían pensado y actuado como jamás habían pensado y actuado antes, ni lo hicieran después. Habían sido como seres caídos de otro planeta.

---

(1) Conferencia pronunciada por el señor ministro de Rusia don Eugenio Stein, en la Facultad de Filosofía y Letras.

Ahora le ha tocado a Rusia la trágica suerte o sublime desgracia de llamar sobre sí la augusta atención de Su Magestad el Destino Histórico y de ser nombrada por él ejecutora de sus altas obras. Manifiestamente, los rusos de hoy no son los rusos de ayer y mañana no se reconocerán a sí mismos. Son seres exorbitados; no se pertenecen; actúan en un estado hipnótico, porque despiertos no podrían hacer y sufrir lo que hacen y sufren. No se podría cometer error más fatal que juzgar al carácter nacional ruso por el casual y pasajero momento de la tétrica actualidad.

Con esta advertencia, me permitiré ahora abordar el tema que me he propuesto tratar.

Por encima de los regímenes monárquicos, republicano, liberal, conservador, burgués, capitalista, etc., bajo los que viven los diferentes pueblos y conciliándolos a todos, se alza el régimen de sorpresa e incertidumbre bajo el cual, desde hace ya años, y hoy más que nunca, vive el mundo entero.

Intereses comprometidos en el extranjero bajo auspicios de prosperidad aparentemente incuestionable, y asegurados contra todo riesgo humanamente previsible por verdaderos campos atrincherados de garantías; empresas sólidamente estudiadas y financiadas; informes y datos reunidos en centenares de tomos y folletos por las más altas autoridades en materia de economía, industrias, etc.; cálculos de probabilidades lo más prudentemente balanceados; el mismo deseo íntimo y ferviente de los pueblos de vivir y trabajar en paz, todo ésto se ve malogrado, hoy en un país, mañana en otro, aquí por una razón, allí por otra. Y dominando el estruendo de millares de esperanzas, combinaciones y ganancias derrumbadas, se alza el grito irritado: "¡Quién lo habría pensado!" y "¿Qué hacen nuestros representantes diplomáticos?". Pero en verdad hace ya tiempo que la diplomacia, esta "bete noire" de los pueblos, se ha constituido en un privilegio exclusivo de los Soberanos, Jefes de Gabinete o Ministros de Relaciones, mientras que los reputados diplomáticos profesionales se han convertido en todas partes donde primen los intereses comerciales, es decir en la mayor parte del mundo, en super-cónsules, super-agentes económicos encargados de gestionar con los Gobiernos ante los

cuales están acreditados toda clase de esos mismos asuntos financieros, comerciales e industriales. Y ni agregados militares, navales y comerciales, ni comisiones especiales ni representantes de las varias empresas, ni intercambio de profesores, ni visitas de parlamentarios a frigoríficos, molinos, campos, explotaciones, ejércitos y armadas, han podido asegurar en lo más mínimo a los pueblos contra el elemento de sorpresa, demoleadora de las mejores conceptuadas previsiones, como tampoco ha podido hacerlo el estudio más prolijo de las instituciones, leyes y hasta de los hombres influyentes, todo ésto porque siempre se deja de lado un solo elemento de información: el elemento básico de la eficacia de todas estas instituciones, leyes y de los mismos hombres influyentes, el "porqué" del proceder de los pueblos, es decir, su instinto racial, su educación política y sus anhelos históricos, cuyo conjunto forma la clave de toda su conducta o sea el carácter nacional. Y no sería justo afirmar que la importancia del elemento "álma de las naciones" haya escapado al criterio de ciertos espíritus clarividentes. Ensayos pertinentes han sido hechos por diplomáticos, hombres de ciencia y literatos para llevar al conocimiento de sus gobiernos y connacionales, haciendo caso omiso de los elementos materiales, una apreciación justa de las fuerzas propuloras y directrices de tal o cual nación. Mas precisamente en esta clase de obras se advierte no solo una falta deplorable de concordancia, sino a menudo conceptos diametralmente opuestos sobre el mismo fenómeno; y ésto no solo en las obras de observadores de diferente nacionalidad, sino en las de una misma nacionalidad. Y aún cuando vienen a concordar en discernir a tal o cual nación la posesión de ciertas virtudes, vicios, ventajas o deficiencias, rara vez han acertado en dar con los rasgos fundamentales de la nación observada, verificándose, tarde o temprano, la fatídica sorpresa, vaciadora, en el mejor de los casos, de los bolsillos más razonablemente optimistas.

En tiempos modernos el gran emporio de sorpresas, "el país de las posibilidades ilimitadas", como decía Bismarck, ha sido Rusia, a pesar de que en los últimos cinco decenios pocos países han despertado un interés tan concienzudamente registrado.

Sin embargo el alma rusa sigue siendo para las naciones occidentales un libro con siete sellos, en cuya lectura se rompen la cabeza hasta los intelectos más prestigiosos de Europa.

Proviene ésto de que es sumamente difícil, por no decir imposible, sorprender la manifestación de un carácter nacional en un momento dado de la actualidad, porque al par de que no hay gente absolutamente buena o mala, cuerda o fonta, generosa o avara, sino que cierta calidad o defecto sobresale entre los demás, así mismo sucede con los pueblos, compuestos de toda clase de tipos físicos, morales e intelectuales, cuya diversidad hace la formación de un juicio de conjunto, por el método de la observación directa, poco menos que imposible. Según la clase de gente con que ha dado el observador, la estación en que ha viajado, las partes que ha visitado, y también según que sus condiciones personales lo hayan hecho acreedor a un trato simpático, expansivo o reservado, cada uno formará su propio juicio pudiendo éste estar dentro de la más escrupulosa verdad, una verdad ilustrada por las más auténticas experiencias personales, pero en su gran mayoría insuficiente para el fin de conjunto propuesto por el solo hecho de no observar sino gente suelta en un momento suelto de la cortísima actualidad.

El pasado histórico de una nación, es pues si no el material único, a lo menos el incomparablemente más importante para la formación de un juicio real de su íntima armazón. Tan sólo en la perspectiva de la distancia los múltiples acontecimientos de una vida nacional se van enpequeñeciendo hasta caber en la pupila de nuestro ojo mental; hasta que todo lo que ya es chico por sí mismo, secundario o indiferente, desaparezca por completo, pudiéndose entonces vislumbrar únicamente los grandes rasgos de la armazón general, visible a través de la neblina que esfuma a toda lejanía, precisamente por su tamaño. Son éstos, pues, los elementos fundamentales e imperecederos del carácter de una nación, los rasgos por los que se manifiesta y por cuyo medio actúa en ella el principio conservador del mundo, la persistencia de la fuerza.

Proponiéndonos emplear ese método telescópico para estudiar la formación del carácter nacional del pueblo ruso, ese

“enfant terrible” de la Europa — fuente pasada, actual y probablemente futura de las más paradójales sorpresas — y para ver si podemos usar de ese conocimiento como clave para desembarullar el rompecabezas llamado “el alma rusa”, sería lógico que empezáramos por poner entre la actualidad y el pasado la mayor distancia posible, buscando en los lejanos orígenes de la madre raza eslava el rasgo familiar común a todas sus hijas, elemento primordial de su futura y siempre más acentuada diferenciación de los pueblos europeos occidentales.

Entre las múltiples coincidencias históricas no hay ninguna que impresione tanto al historiador como la que apareja la gran migración de los pueblos germano-eslavos. Parientes entre sí por estirpe y origen de sangre en el mismo grado en que lo habían sido Griegos y Romanos, cuyos principios se preparan, respectivamente, a heredar, se diferencian desde sus más remotas fuentes exactamente por las mismas peculiaridades por las que se distinguían entre sí esas dos grandes naciones de la antigüedad. Discerniendo, con vista genial, la unidad étnica de godos, vándalos, francos, burgundos, y cuantos más y concretándolos bajo un solo nombre genérico de germanos, Tácito ha podido evitar la ingrata tarea de describir a todas y cada una de esas tribus, sintetizándolas todas en su conocida clásica y concisa definición del carácter nacional germano. Concediéndoles valentía, determinación, fidelidad y tenacidad, el gran historiador hace resaltar su carácter de violencia, de belicosidad — militarismo como se diría hoy — de agresividad y de destructiva barbarie. Por otra parte, en las mismas fuentes romanas pero sobre todo en las obras geográficas bizantinas y árabes, los eslavos hacen su aparición histórica bajo el aspecto de una raza sumamente pacífica y primitiva, medio nómada, medio agrícola, dividida en innumerables tribus con débil conciencia racial común, desgarradas por perpétuas riñas intestinas. No se les registra ningún rastro bien definido, concediéndoseles en general suavidad de temperamento, bonomía, hospitalidad, pero también indolencia y falta de iniciativa y actividad. Y mientras los nombres de las diferentes tribus germánicas, apenas se vislumbran en el escenario histórico europeo, se impone a la memoria de contemporáneos y de la posteridad

como los de sus jefes; mientras que hasta hoy nadie debe ignorar quienes han sido Alarico, Arminio, Totila, Teodorico, etc., el mismo estudiante de la historia de los eslavos no encuentra nada para parar su atención en una tribu más que en otra. Lenta e ignotamente inician su movimiento de expansión en dirección opuesta a la de sus primos germanos. Ninguna hazaña extraordinaria, ni crimen alguno, rompe la monotonía de su existencia etnográfica primitiva; pocos nombres descollantes vienen tampoco a imponerse a la admiración, y ninguno al odio de los contemporáneos en toda la duración del período medioeval. Más bien que conquistarlos ocupan territorios; se expanden por donde no hay resistencia, pero tampoco resisten. Desaparecen por completo de trechos enormes de territorios momentaneamente vaciados por la migración germánica, exterminados en unas partes, asimilados en otras por la nueva nación alemana de vuelta a sus hogares; de vez en cuando, bajo el impulso de una personalidad superior, se muestran capaces de erigir en pocos años, reinos enormes, pero efímeros, que se derrumban en el acto de desaparecer el genio impulsor. Le faltan al carácter eslavo los elementos de violencia, prepotencia y crueldad; pero también le faltan los de constancia, iniciativa e individualidad. No hay Torquemadas, Borgias, Pizarros, Albas; mas tampoco hay Carlomagnos, Bonifacios, Las Casas, Bayardos, Colones.

Ahora bien, la coincidencia sino ya la sabiduría histórica ha dispuesto que la raza belicosa y violenta en su barbarie se moviera hacia Roma, también belicosa y violenta en su civilización, para que lógica y armoniosamente naciera de las dos el formidable tipo cultural germano-romano, tipo de últimas consecuencias, extremo en lo bueno como en lo malo, con su iglesia a la vez caritativa y cruel; su feudalismo opresor y organizador; su escolasticismo obscurantista y disciplinador; caridad cristiana, martirio de santos, sacrificios sublimes, hazañas sobrehumanas, entusiasmos de los que mueven montañas, empresas locas llevadas a cabo por milagros de valor y de tenacidad; individualidad y carácter; pero también intolerancia, opresión, hogueras, propagación de la fe por el hierro y el fuego, exterminio de indios, tráfico de negros, Dios y el

Diablo, algo de terminante, lo repetimos, en lo bueno como lo malo, nos parece el rasgo saliente de la modalidad cultural germano-romana, oriunda de la fusión del principio de disciplina y orden, pero también de violencia de la vieja Roma moribunda, con el ímpetu desordenado pero también violento, de las jóvenes naciones germanas.

Y la misma coincidencia, si no ya sabiduría histórica, ha querido que la mayor parte de la más pacífica contemplativa y políticamente amorfa raza eslava, que luego se diferenciará en las hoy históricas naciones, nazca en la parte sud-este de la Europa central, de donde lógicamente y naturalmente se expandirá en la misma dirección, es decir hacia las vírgenes llanuras de la Rusia meridional y al sud del Danubio, más siempre en dirección de Bizancio, último vestigio del principio cultural griego, con sus querellas intestinas, su deficiencia de sentido político, su Bizantinismo en fin, pero también con su espíritu igualitario, su iglesia ecuménica, y su tolerancia religiosa. En la fusión de esos dos principios de media tinta se concreta el tipo político y cultural de la modalidad eslava, más impulsivo que tenaz, inocente de inquisición y hogueras, pero extraño igualmente, hasta nueva orden, a las grandes hazañas con que las naciones occidentales han marcado el paso en la vida de la humanidad.

Cierto es que obedeciendo a la diversidad de las condiciones naturales, y bajo la influencia de otras naciones con que chocan o se mezclan las diferentes tribus eslavas, como también de varios acontecimientos mundiales que repercuten en ellas, —en una palabra bajo la disciplina de la educación política,— si no los rasgos fundamentales del carácter genérico eslavo, a lo menos sus manifestaciones no han podido menos que atenuarse o exaltarse según el caso. Pero con ellos salen al escenario histórico mundial y, con excepción de una de ellas, de ellos conservarán a través de todas las vicisitudes, el de la tolerancia en su más amplia acepción.

No quiero decir con esto que no haya habido nunca persecución religiosa en Rusia. Pero jamás ha sido perseguida religión no cristiana ni culto extranjero alguno. Lo que ha habido de persecución se ha llevado a cabo exclusivamente contra las



sectas dentro de la misma iglesia ortodoxa, oriundas de un sentimiento de protesta reaccionaria primero contra las reformas emprendidas por la iglesia con el propósito de purificarla de un sinnúmero de errores que, durante siglos, se habían arraigado en la celebración de su culto; y, más tarde, contra lo que había de antinacional en las reformas de Pedro el Grande. Esas persecuciones, sin embargo, nunca han pasado de persecuciones oficiales, nunca han contado con la simpatía o el apoyo del pueblo, jamás han tenido la duración ni la extensión, ni el aspecto sanguinario de las de Europa, demostrando además el mismo gobierno que las había ordenado, su completa incompetencia en una materia tan extraña al carácter nacional. Y no quiero pretender tampoco, que, además de colonización, no haya habido conquistas por parte de los rusos. Fueron también aventureros, y peor que aventureros — bandoleros — los que conquistaron a Siberia para los Tzares de Moscú y sin embargo ¡ Qué diferencia con sus protagonistas occidentales! Los indígenas de esas enormes regiones, en todas partes donde no han fusionado con los colonos rusos, prosiguen en sus tolde-rías su existencia nómada de antaño, ejercen con toda libertad su culto lamáico y no saben, ni jamás han sabido nada ni de cacerías humanas, ni de misioneros apoyados por el brazo secular blandiendo, en nombre del Salvador, la espada y la antorcha. Más todavía: cuando le tocó a Rusia la terrible prueba de la servidumbre, jamás fueron comprendidos en ellas los indígenas siberianos ni otros, subsiguientemente incorporados al Imperio ruso.

Y ya que estamos en Siberia, esta cárcel “al por mayor” de Rusia, recordemos un rasgo ilustrativo de condescendencia en el carácter ruso: sin querer analizar que falta habría podido cometer ni si merece o no su pena, el hombre del pueblo considera siempre al condenado como a un “pobrecito” o “desgraciadito”, pues es así como lo llama. En las aldeas sobre el recorrido del gran camino a Siberia — mientras ésta servía de lugar de deportación — y, en general, en las vecindades de cárceles o casas de detención, nunca se olvidará de poner sobre el ribete exterior de la ventana un pedazo de pan o de to-



cino para el "desgraciadito" que talvez hubiera podido fugarse y, hambriento, estuviera vagando por la campiña.

Y ya que estamos hablando de las facciones distintivas de la fisonomía racial eslava y antes de pasar a estudiar su variante rusa, notemos dos más rasgos comunes a todos sus vástagos: mientras todas las tribus germánicas invaden el tambaleante imperio romano como conquistadores, y conquistadores permanecen, todos los pueblos eslavos, sin excepción, vienen uno tras otro a ser conquistados, desapareciendo los unos como material etnográfico entre naciones más fuertes y preservando los otros su fisonomía nacional para recibir hoy, cursada la dura escuela de la dependencia, su certificado de madurez política. Y consiste la otra peculiaridad en que, salvo la misma excepción, todos los pueblos de raza eslava han recibido, como era natural, el bautismo cristiano bajo los auspicios de la cercana iglesia ortodoxa griega, a la que la enorme mayoría de esos pueblos sigue fiel y devota. Y no solo los que, como Croatas y Checos, profesan el culto católico romano únicamente han abjurado la fé de los padres bajo la más violenta presión de sus conquistadores, sino que la propia rebelión que estalló en Bohemia a raíz de la traicionera condena y ejecución de Juan Huss, ha sido tanto un movimiento de emancipación nacional, como de virada hacia el culto oriental, a lo menos hacia dos de sus principios fundamentales; la comunión bajo las dos especies y la celebración del divino oficio en el idioma nacional. Ahora bien, si es incuestionable que no es por mera casualidad sino por un sutil conjunto de razones emotivas e imaginativas que la gran mayoría de los pueblos latinos comulgan en el culto de la militante pero fascinadora iglesia romana, y los de modalidad germana en el culto racional e incoloro luterano, el solo hecho de la alegación de una mayoría abrumadora de los pueblos eslavos al culto griego, a la vez tolerante y solemne, ofrece otra prueba, si fuera necesario, de una modalidad propia hasta en los últimos recesos del alma racial.

Ahora bien, si a ciertas tribus eslavas les tocó la suerte de constituirse bajo el nombre de rusos, en el parangón más típico de su raza, es debido a que las circunstancias casuales, pero también providenciales que acompañaron a su expansión, contri-

buyeron en el más alto grado a desarrollar y amplificar precisamente los rasgos fundamentales que la distinguen de las naciones oriundas del caos romano. ¿Qué es lo que encuentran esas tribus en su proceso de expansión? Una llanura inmensa, ilimitada, perfectamente plana sin el menor rastro de montañas, o crestas o macizos, esos elementos importantísimos no sólo de resistencia a toda expansión humana, sino también, a veces de insuperable división. No puede compararse con ellos el obstáculo ofrecido por los vastos bosques que recubren la mayor parte de esa llanura, porque, si ellos son los enemigos jurados de toda existencia nómada, no lo son para el colono paciente, sedentario y agricultor, pues, al contrario, le ofrecen, además de un humus secular fertilísimo, un material casi todo hecho y al inmediato alcance de construcción y calefacción. Un sistema abundante de ríos y arroyos riega esta llanura—ninguno de ellos demasiado ancho para no poder ser franqueado por los medios al alcance de esos primitivos colonos, pero al mismo tiempo bastante caudalosos para ofrecer una red de vías de comunicación constante y barata para la navegación en el verano, para el trineo, sobre un curso helado, en el invierno. Surcados por ellos en todas direcciones, las mismas selvas parecen apartarse para abrir camino a la nueva gente que llega a despertar su silencio milenario con la actividad precursora de grandes cosas. Débiles tribus finesas, cazadoras y semi salvajes, inconcientes de su propia nacionalidad y, por consiguiente, faltas de toda organización política, pero sumamente sufridas y resistentes a toda clase de intemperie y privaciones pueblan esas selvas. No sólo no ofrecen ninguna resistencia a los pacíficos invasores eslavos, sino que encuentran el mayor provecho en cambiar el valioso botín de sus cacerías por los primitivos pero inapreciables utensilios y artefactos de estos últimos. Pronto empiezan a contraer matrimonio mixto, absorbiendo la raza más fuerte, ariana, en tal grado a la autóctona, que la convierte literalmente en su material etnográfico. Con él construye el tipo ruso definitivo que, artesano del idioma y de la cultura rusa, árbitro de los destinos no sólo del territorio que ocupa sino de todo el futuro imperio ruso. Merecidamente se llamará gran-ruso. No hay matanzas ni violencia de ningún género. Ni

por parte de la naturaleza, ni por parte de los indígenas hay resistencia a la expansión del futuro pueblo ruso. Nada viene, por el momento a estorbar o contrariar su carácter pacífico e indolente primordial. Pero tampoco encuentra este carácter su correctivo en el espíritu de iniciativa, inventiva y tenacidad que la propia necesidad de superar dificultades despierta en todo ser o colectividad humana joven y normal.

Otras coincidencias hay que han influido poderosamente en la conservación intacta de los principios del carácter nacional; mientras los bárbaros germanos conquistaban a viva fuerza los castillos y fuertes erigidos por el poder romano; mientras la propia conquista con su violencia y opresión, imponía a las ciudades nacientes la necesidad de rodearse de murallas para resistir a las embestidas feudales, y a los caballeros y barones de edificar inaccesibles castillos donde ejercitar impunemente su opresión, en todas partes se encontraban tanto el material para la construcción del cerco protector del villano, como, sobre picos y peñas, los lugares en donde colocar el castillaje dominador; diríase que la misma naturaleza se había puesto del lado de la violencia para hacer posible su ejercicio. Diametralmente lo opuesto sucedió con los rusos; no solo era la violencia, como lo hemos visto, contraria a su temperamento; no solo no hubo a qué ni a quién conquistar, sino que, aún, cuando fuera lo contrario, toda veleidad de conquista, o a lo menos su durabilidad hubiera sido forzosamente condenada a malograrse por la sola falta de todo rastro de esas arrugas en la corteza terrestre de donde se obtiene el material propio para una prolongada defensa, y en cuyas cumbres tan solo puede sentirse seguro, en su nido de piedra, el humano pájaro de presa, el señor feudal.

Con excepción del Kremlin de Moscú y de algunas murallas y ciudadelas centrales de Novgorod, Pskov, Smolensk y tal vez dos o tres ciudades más, todo aquello en que nacía, vivía y moría Rusia hasta los tiempos modernos, era de madera, y de madera exclusivamente siguen siendo las aldeas de la Gran Rusia, de la Rusia Blanca y de Siberia, y aún hoy día, gran parte de las ciudades provinciales. Hasta en Petersburgo y Moscú las casas de los suburbios son preferentemente de madera. No es de extrañarse, pues, que en el uso y en el arte de

labrar este material, el carpintero ruso—y cada aldeano ruso lo es más o menos, — ha adquirido durante siglos de ejercicio, transmitido por herencia, una destreza vecina al prodigio. Con la misma hacha con que derriba y labra troncos seculares que constituirán las paredes y la techumbre de su “isba” esculpe los ornamentos más intrincados de las aristas, crestas y ventanas, hace pitos y matracas para los serenos y juguetes para sus chicos. Y cuando no hay barbero, con la misma hacha se afeita. En las viejas crónicas de Moscú a menudo se menciona, como la cosa más natural que tal o cual capilla, con galería y cupulita en forma de cebolla, ha sido construída de nuevo en 24 horas, “trabajándose”, añade el cronista a manera de excusa, “día y noche”; y era cosa común la edificación de una residencia con sus principales dependencias, en el plazo de una semana.

Ahora bien, ¿qué resistencia pueden ofrecer casas y aún estacadas de madera en comparación de castillos, murallas y casas de ladrillos o bloques de piedras? En las incursiones a Rusia de las huestes bárbaras, la estratagema preferida de estos últimos era la de arrojar sobre las ciudades y aldeas una nube de flechas incendiadas; y, yendo atrás a un período anterior todavía, encontramos una tradición popular según la cual la Princesa Olga de Kiev, para castigar a los asesinos de su marido, exigió de la ciudad culpable que se le entregaran todas las palomas domésticas. Colocadas debajo de sus colas estopa y pez, y después de prenderles fuego, fueron soltadas las palomas a media noche, las que no tardaron en tomar el vuelo hacia su ciudad nativa, a la que incendiaron, pereciendo en las llamas casi todos sus habitantes. No sólo ardían siempre incendios en toda la Rusia — flagelo que sigue azotándola hasta hoy día — sino que las crónicas contemporáneas no cesan de registrar incendios tras incendios en el mismo Kremlin—la ciudadela de Moscú, — sede de los palacios de los Tzares, de sus dignatarios, del patriarca y de las catedrales y capillas más hermosas y ricas. En cuanto a la propia ciudad de Moscú, como también otras pocas, provistas de una ciudadela interior, era cosa aceptada en táctica militar, que, después de refugiarse la población dentro de los cercos protectores, se prendía fuego a sus

habitaciones, cuidando bien de que no quedara en pié una sola casa, para quitar al enemigo toda posibilidad de acercarse a la ciudadela a escondidas. Desaparecido el peligro, y sobrando madera en las más inmediatas cercanías, la ciudad o pueblo renacía de las cenizas con la mayor celeridad, de manera que pocos meses después de desaparecer el peligro, ni se notaban rastros del reciente desastre.

La poca protección, pues, que, ofrecían a los rusos, por culpa de la misma naturaleza, sus habitaciones, y la facilidad con que gracias a la misma naturaleza podían construirse nuevas, en el mismo o cualquier otro lugar, ha hecho que, al anuncio de un peligro inminente, fuerza fué a sus habitantes de abandonarlos para refugiarse en el fortín de la más próxima ciudad, cuando lo había o en el vecino monasterio, algunos de los cuales podían ser puestos en estado de elemental defensa, o en fin—y ésto en la mayoría de los casos—en los bosques circundantes. Y tanto más prosperaba este sistema de resistencia pasiva, por no decir negativa, cuanto más perfectamente armonizaba con la propensión constitucional del carácter racial eslavo, y cuanto más ilimitado era el espacio adonde podía irse.

En todas las aldeas rusas pueden verse, pintados en las paredes de sus casas, un balde, un hacha, una escalera o un bichero, lo que quiere decir que el dueño y los familiares de la respectiva casa deben acudir en caso de incendio, con un balde, una escalera etc., según el caso. Pero a pesar de ser tal disposición dictada por la solicitud más previsora de la propia autoridad comunal, y en desempeño de su manifiesta utilidad, puede uno estar seguro de que, al declararse el siniestro, en la casa concernida se encontrará todo menos los utensilios exigidos, o estarán en tan mal estado que no servirán para nada. No quiere esto decir que, a la casa ardiente no acudirán los buenos aldeanos. Pero uno dirá que es necesario llamar al pope para que conjure las llamas con un icono, otro, que hay que traer a la anciana de la esquina para que escupa tres veces en dirección de donde viene el viento, o bien que el único remedio es tirar por encima del fuego el huevo de una gallina negra o cualquier otra cosa por el estilo; y cuando ya no haya la menor duda de que el fuego va a pasar a otra casa y que

hay peligro para la aldea entera, entonces habrá algunos que correrán a poner en salvo sus cosas. Pero si sucediera que un miserable perro o gato, sorprendido por las llamas, apareciera sobre el techo de la casa abrasada; y mientras los chicos se murieran de risa de sus aullidos y ridículas contorsiones y saltos de agonía alguno de los espectadores, que hasta entonces no había movido un dedo, treparía al techo ardiente, y, con peligro de su vida, salvaría al pobre animal. Un europeo, con su criterio extremo, no dejaría de calificar tal acto de locura o de sublime. No es ni uno ni otro en el concepto ruso; simplemente, no hay porqué agitarse ni arriesgar su piel para apagar lo que por la misma naturaleza está hecho para quemarse, que tan poco trabajo ha costado, que tan poca cosa encierra y que tan fácilmente es reparable; mientras que todo ser vivo es una creación de Dios y cuando no es nocivo, merece compasión.

Por esto, el viajero o turista que visitara a Rusia con su preconcebido y estereotipado programa de admirar o antiguas catedrales, castillos feudales en ruina, museos, baules carcomidos, cerraduras mohosas y corazas abolladas, se encontraría profundamente desilusionado. Todo lo poco que queda de la antigüedad rusa está personificado por el Cremlín de Moscú que, él mismo, es tan solo lo que cinco siglos de incendios han desdeñado devorar. Además, con el gran monasterio histórico de la Trinidad cerca de Moscú, otro existente en Kostroma — cuna de la dinastía de los Romanov — los vestigios restaurados de unas viejas iglesias de Kiev y Vladimir, unas tambaleantes capillas de madera en el extremo norte, adonde nadie va, el convento de Solovki en el Mar Blanco, adonde se va menos todavía, se acaba el repertorio de antigüedades rusas. Aparte de lo que es indestructible por el fuego, prácticamente nada se ha conservado en Rusia, porque no podía ser preservado, y no pudiendo durar, poco más que lo necesario se ha hecho, y menos todavía queda de industria nacional.

Desde el punto de vista del desarrollo cultural, tal estado de cosas no puede menos que ser llamado lamentable, y un carácter nacional elaborado bajo su influencia — difuso y sufrido, como lo hemos visto — no puede menos que parecer diferente al concepto europeo, activo y concentrado. Pero no



es así si lo consideramos bajo el aspecto de eficacia no ya para la cultura o civilización, sino para la preservación de la misma existencia de una nación mientras camina por la áspera y espinosa senda de su educación política. Imaginemos por un momento que Vilno, Smolensk, Viasma y demás ciudades escalonadas sobre el camino de la invasión napoleónica a Rusia hubieran sido lugares de aspecto europeo, tras cuyas murallas habrían podido acumularse riquezas y recuerdos seculares de arte e industria nacional. No solo hubieran podido ser esos centros culturales abandonados al enemigo sin provocar una indignación popular que, en el mejor de los casos habría costado el mando al general que hubiese ordenado la retirada, sino que las mismas gruesas paredes de las casas, los profundos sótanos, la configuración de un terreno accidentado hubieran constituido una tentación irresistible de defensa activa. Y si hubiera sido así, como rezaba Napoleón al cielo que así fuera, el ejército ruso habría librado batalla al mayor y mejor ejército del mundo de entonces, mandado por el más grande genio militar de todos los tiempos, como lo habían hecho los demás, y habría sido derrotado como los demás, y no hubiera habido Santa Helena. No. Fieles a su carácter nacional, los rusos, ejército y pueblo, hicieron esta vez lo que siempre habían hecho: lo abandonaron todo porque hasta Moscú, no había mucho que defender, y se retiraron porque había donde retirarse hasta que se cansara primero el enemigo.

Volvamos ahora nuestra mirada hacia tiempos más remotos. Recordemos que no había Rusia cuando los Hunos de Atila se abalanzaron sobre Europa y que ellos, llegaron en un solo ímpetu irresistible, hasta donde en la primera batalla de la Marne, fueron a duras penas detenidos por el esfuerzo combinado de las legiones romanas, todavía poderosas, y de todo lo gálico y germánico que Aecio pudo reunir bajo su mando. Ahora bien, ¿qué habría sido de Europa ocho siglos después, en medio proceso de elaboración de las nuevas naciones de guerras religiosas y riñas feudales si, cuando por segunda vez se desprendió la avalancha mongólica, lanzada a la conquista del mundo por demonios como Gengiskhan y Tamerlán, la pro-



videncia no hubiera colocado en su camino el nuevo estado eslavo, almohada enorme en cuya blandura se perdió un golpe, capaz de partir hierro, gigantesca esponja, en cuyos poros se corrió y esparció el ala invasora hasta que, tres siglos después, sus aguas corrompidas se secaron por completo, dejando en un rincón del inmenso territorio un débil e inofensivo residuo de pequeños comerciantes, mercaderes en ropa usada y mozos de restaurant, justamente apreciados por su honradez y sobriedad?

No critiquemos, pues, en el carácter nacional ruso la falta de inmediata y concentrada reacción contra lo que, por el momento — aunque fuera un momento como el actual — le parece inevitable o invencible. Si en lugar de esquivar el huracán mongólico hasta que él se disipara, los rusos de entonces hubieran querido resistirle por viva fuerza como trataron de hacerlo al principio — con resultado desastroso — tal vez no sabríamos nada hoy del Renacimiento, ni de Dante ni de Rafael.

No podemos por ahora pararnos en la influencia que la dominación tártara ha tenido sobre el carácter nacional del pueblo ruso en el sentido de despertar en él, el sentimiento de unidad y honor nacional, y provocar, por la primera vez el espontáneo sacrificio de sus libertades elementales desordenadas a la concepción autocrática, si bien protectora de Moscú. El yugo tártaro ha sido esencialmente un momento de educación política de Rusia, y por ahora tan solo queremos analizar el carácter elemental de su pueblo.

Pues bien, a pesar de que no hubo ni ha podido haber profunda penetración étnica ni cultural de la nación rusa por el elemento tártaro, nómada y completamente desinteresado del gobierno y de la vida interna de sus tributarios, con tal que regularmente se pagara el tributo impuesto, no pudo fallar que tres siglos de dominación asiática se destiñesen sobre las costumbres y el carácter del pueblo dominado. Un sinnúmero de palabras tártaras en el idioma ruso nombres de piedras preciosas, tejidos finos, armas, utensilios domésticos, productos de arte culinario, y también términos técnicos de tráfico postal, anteriormente desconocido por los rusos, atestiguan la importancia del aporte oriental a la parte material de la vida rusa.

Pero también — y da pena confesarlo — es tártara la palabra "knut" (1), tan desconocida hasta entonces en Rusia, como el terrible y sencillo instrumento de suplicio que evoca y que de entonces en adelante, extenderá por todo el país su horroroso régimen, completamente extraño en su despiadada crueldad a la suavidad elemental del carácter eslavo. Y si tomamos en consideración que precisamente desde ese tiempo empiezan a insinuarse en el ambiente familiar ruso la costumbre oriental de la reclusión de la mujer y ciertos rasgos manifiestos de despotismo asiático entre los grandes Duques de Moscú y otro principado, rasgo antes también desconocido en las relaciones patriarcales y bonachonas entre príncipe y pueblo, sobrevividas hasta los tiempos recientes en el tuteo y el beso que, en día de Pascua el ruso humilde daba a su padrecito el Tzar, nos explicaremos como pudo arraigarse entre las naciones occidentales el criterio de que no había lugar para los rusos en la mesa europea, y que en el propio interés de la civilización ellos debían ser empujados hacia donde pertenecían, Siberia, Turquestán, Mongolia, Asia, en una palabra: "Grattez le russe et vous trouverez le tartare", es uno de estos hallazgos del "esprit" francés que, por su misma gracia y portátil concisión ha dado la vuelta al mundo, y, más que cualquier otra cosa, ha contribuido a popularizar y hacer aceptar como axioma un juicio de los más erróneos sobre la fisonomía moral del pueblo ruso. Al contrario, el asiatismo tártaro no es, como lo hemos visto, sino una mera superposición sobre la formación básica del carácter ruso, y si salta a los ojos es precisamente porque, hallándose en la superficie, se nota la primera. Parafraseando el refrán francés, diríamos, nos parece, con más justicia: "Rasgad la capa tártara, y hallaréis al ruso."

Por poco espeso que sea ese aluvión oriental sobre la base matriz ariana eslava, constituye, sin embargo, uno de los dos

---

(1) El knut es un látigo de mango corto y larga tirilla de cuero, sacada de una res recién carneada y doblada en toda su extensión, o solamente en su parte última de manera que forma como una reguera. Con el lado abierto de esa reguera, una vez bien secado el cuero, se asestaban los golpes, arrancando al condenado grandes tiras de piel y carne. Un verdugo experimentado podría, con tres o cuatro golpes, causar la muerte de la víctima, rompiéndole la espina dorsal. El knut fué definitivamente abolido en Rusia en 1845.

elementos de contradicción en el carácter ruso que tan chocante —por incomprensible— parece a la percepción europea, entrenada por la ferrea disciplina del escolasticismo medioeval a no admitir sino el raciocinio y la actuación lógicos. Y hay que tener también siempre presente la honda impresión que deja en una joven y plástica alma nacional el ambiente físico natural en que ella está llamada a tomar forma. En una superficie tan enorme como la que ocupa el pueblo ruso, este último, en su conjunto, vive prácticamente, bajo todos los climas salvo el tropical, y, desde la incorporación a ella de la Crimea y el Cáucaso, hasta en una configuración de terreno distinta de aquella, en que dió sus primeros pasos. Pero donde más se nota el efecto de ese compacto bloque terrenal, es en su clima esencialmente continental, con sus bruscos contrastes de temperatura veraniega e invernal, y, en su mayor parte, — entre la duración de un cortísimo verano caluroso casi sin noche, y un invierno casi sin fin. En esos pocos meses que deben de aprovecharse para asegurar la existencia de todo el año, hombres, muchachos y mujeres desarrollan una actividad forzada tanto más asombrosa y una resistencia a la fatiga tanto más increíble, acompañadas además de tanto “entrain”, alegría, canciones y, por la noche, bailes campestres y flirts, cuantas demasiadas energías han acumulado durante el invierno falto del correctivo de los países septentrionales europeos, la industria fabril. En la población rural rusa, que forma el 80 % o se trabaja como negros, o no se hace nada, exactamente como lo hace la misma naturaleza que, produciéndolo todo en cuatro o cinco meses de concentrado esfuerzo creador, duerme el resto del tiempo bajo su sábana de nieve. Y nos parece que, actuando sobre un carácter ya elementalmente blando, esta misma naturaleza debe ser, en gran parte, tenida por responsable de de su falta de sistema, consecuencia y tenacidad, por sus bruscas alternaciones de entusiasmo abrasador y rápido enfriamiento, de despliegue de fuerzas titánicas que asombran al mundo y de comatosa postración, alternaciones tan inconcebibles, contrarias y antipáticas al genio germano romano en general, y su modalidad anglo sajona en particular. Todo estanciero o industrial argentino sabe que no hay mejor obrero, jornalero

o peón, ni más infatigable, que el ruso cuando quiere serlo. Y no hay más insoportable y haragán, cuando no lo quiere.

La característica específica eslava de tolerancia y bonomía libre de todo espíritu de imposición; la facilidad dispensada al pueblo ruso, por la infinidad del espacio, de sustraerse a la violencia y de esperar; la conveniencia, en fin, de hacerlo, por falta de material de defensa, han hecho que ese pueblo, haya ofrecido siempre una resistencia pasiva, pero increíble a toda conquista duradera a todo régimen o autoridad impuesto a él de afuera, o por la sola violencia, o simplemente antipático, y una sumisión incondicional, una obediencia cariñosa y filial a toda otra autoridad, aunque inferior o hasta deficiente, pero libre y espontáneamente creada por él, según su propio criterio o conveniencias, quedándole entonces, y por esto mismo, fiel hasta la última posibilidad.

Nada puede servir de mejor ilustración a este rasgo del carácter del pueblo ruso que la constancia de su apego a sus Tzares, o más bien dicho a la dinastía reinante. Recordando de que a los Grandes Duques de Moscú le debió Rusia su unidad política, su liberación de los tártaros y su ulterior grandeza; regocijado de ver acabada la anarquía que siguió a la extinción de la dinastía vieja por el advenimiento de la nueva — los Romanov — libremente elegida “consensu omnium”, el pueblo ruso soportó, doblegándose y gimiendo, los inmensos pesos del servilismo, de la reforma de Pedro, de innumerables guerras contra los Khanes de Crimea, Polonia, Turquía, Suecia, Prusia y el mismo Napoleón, saliendo siempre — a la larga, — airoso de las pruebas más duras, no por su preparación técnica militar, manifiestamente inferior, sino por la obediencia y el espíritu de sacrificio a órdenes emanadas de una autoridad querida y venerada. Y cuando, no pudiendo más de impuestos, exacciones y servidumbres, prorrumpía a veces en sangrientas “jacqueries” de protesta, no ha sido nunca contra el Tzar sino, en su propio nombre, contra sus malos servidores — las autoridades locales y la nobleza rural — que engañaban a su “padrecito”, escondiéndole los sufrimientos del pueblo. Fundado en la profundidad secular del cariño tradicional, el régimen usado y anticuado agonizaba sin poder morir. Para que mu-

riera no había sino un solo y único remedio: el desprestigio ante la masa popular. Y vino Rasputin.

Así se explica cómo un sinnúmero de reformas, instituciones, ordenanzas y reglamentos—de proveniencia y comprobada eficacia europea, han quedado como letra muerta para el pueblo ruso tan sólo por no caber dentro de su modalidad, por haberle sido desconsideradamente impuestos por una clase didigente doctrinada, europeizada y cosmopolita. No ha habido ni motines, ni disturbios ni otra forma de protesta popular activa contra tal cual medida antinacional. Hubo, simplemente, como siempre, indiferencia, resistencia pasiva. La introducción en Rusia, a mediados del siglo pasado, de la enseñanza clásica ofrece en este sentido un ejemplo de los más elocuentes. Durante seis años, seis horas por semana para el latín y otras tantas para el griego, profesores alemanes se esforzaban en inculcar a sus alumnos rusos esas lenguas muertas ya para la misma Europa, y doblemente así para Rusia en donde, no habiendo habido nunca ni culto romano, ni escolasticismo, ni renacimiento, no tenía absolutamente ninguna raíz. Impuesta por "ukase" imperial, no había sino que aceptar en respetuoso silencio esta reforma antinacional. Los alumnos compraban las gramáticas y libros de ejercicio prescritos, concurrían puntualmente, durante seis años, a las clases odiadas, y al fin del curso no podían leer ni siquiera los "Comentarii de Bello Gallico". Más de cincuenta años duró esta respetuosa lucha, venciendo, como siempre, la pacífica y pasiva resistencia de la impopularidad.

He aquí que hemos vuelto al punto de partida de nuestra exposición, la fuente, como lo recordaréis, de los incesantes errores de juicio de Europa sobre Rusia, errores que han producido la sorpresa de su inesperada y espléndida movilización, de sus asombrosas hazañas sobre tres frentes y su repentino y aparentemente paradójal colapso; errores que siguen aparejando hasta los últimos procedimientos de Europa, para con Rusia, rematados hoy, a pesar de toda su benevolencia y empeño en poco menos que un honroso fracaso. Es que Europa, justamente orgullosa de su obra cultural, pero siempre extrema en sus percepciones, considera esa cultura como perfecta, terminante

y, por consecuencia, obligatoria para el mundo entero, y así mismo los principios, instituciones y métodos por ella elaborados. Siempre intolerante por la misma conciencia de su superioridad cultural, Europa no admite ninguna otra y condesciende a beneficiar con ella a las demás naciones con tal que la acepten tal cual es íntegramente. Habiendo elaborado partidos políticos, dos cámaras, el sufragio universal y la libertad de cualquier palabra, es capaz de orientarse en los sucesos de otro país, si ellos no pueden ser reducidos a esas normas.

Obcecada por su propio brillo, Europa no ve la necesidad, ni sospecha la presencia de otra modalidad cultural fuera de la suya. Siempre extrema en sus conclusiones, ha sacado las últimas consecuencias de los principios de 1789, con manifiesta abstracción de las exigencias de la realidad, y pretende aplicarlas a su juicio sobre la situación de Rusia, sin parar mientes en que a ella misma con toda justicia se le podría decir hoy: "Médico, cúrate a tí mismo."

Temeroso de cansar vuestra benevolente atención, debo prescindir de exponer el proceso, también distinto del de Europa, de educación política del pueblo ruso, que, tal un martillo, ha fraguado la materia porosa de su carácter elemental para habilitarlo, una vez asegurada su existencia, a cumplir con sus deberes históricos especiales, sin los que esa misma existencia no sería sino un inútil pleonasma histórico. Y no diré nada, tampoco, de los efectos sobre el carácter ruso de lo que podríamos llamar su oprobio nacional — el alcoholismo — puesto que no es un mal constitucional, sino adquirido y que, además lo tiene en común, bajo la forma solamente, con las naciones occidentales. Pero el solo hecho de que hasta ese vicio el pueblo ruso lo cultive a manera suya es sugestivo para la enseñanza fundamental que se desprende de la exposición precedente; y es que toda la raza eslava tal cual ha salido al escenario histórico con ciertas propensiones de carácter ya hechas del todo y que, por un concurso providencial del ambiente natural, esas propensiones han encontrado en el pueblo ruso su desarrollo cabal, constituyendo así un propio y específico tipo cultural, como lo es el germano romano. Y si quisiéramos representarnos la diferencia orgánica entre los dos tipos de una



manera gráfica y ocular bastaría que nos figurásemos de un lado las ciudades medioevales, con sus techos piramidales, sus murallas y torres; los castillos feudales — peñas artificiales erigidas sobre cumbres naturales; — las casas que, por falta de espacio, crecen y crecen en altura hasta llegar a la forma de chimeneas de fábrica de los modernos rascacielos; el hermoso estilo gótico de las catedrales, en fin, en el que también cada línea tiende hacia arriba; y del otro lado ilimitada llanura rusa, las ciudades y aldeas perdidas en su inmensidad, sus casas anchas y bajas, esparcidas por la misma abundancia del espacio disponible. Tendremos entonces la impresión visual que los principios culturales subyacentes al tipo germano-romano se han desarrollado en un plano vertical, mientras que el tipo eslavo griego lo ha hecho en un plano horizontal, y que, por las mismas exigencias arquitectónicas más elementales, el primer tipo debe ser estable, sólido y rígido, mientras que el segundo quedará forzosamente, difuso, errático y flexible. Son los dos géneros — masculino y femenino; — son dos formaciones de una misma especie, de una misma materia: la una sólida, la otra lúida, cristalina y coloidal, activa y pasiva, tenaz e impulsiva, cerebro y corazón, derecho y equidad.

Ahora bien: ¿qué significado tiene esta diferenciación? ¿qué necesidad hay de ese tipo cultural eslavo, para qué debe servir, una vez que la incomparable cultura germano-romana ha podido nacer y crecer sin su aporte activo, y brillar hoy como un astro de primera magnitud, alumbrando y calentando todo en el mundo? ¿No les basta a esos pueblos eslavos el honroso aunque secundario papel de haber servido de amparo a esa cultura contra el hierro y el fuego de los conquistadores mongólicos? Hay tal necesidad, contestaremos: en primer lugar porque tenemos la convicción de que la humanidad con sus civilizaciones muertas, vivas y nacientes no es sino una variante nuestra del gran plan universal, donde todo nace no por ciego capricho, sino que para algo vive, para cumplir ese algo y, una vez cumplido muere. Y si nos acordamos, además de que a una típica y definida nación le correspondió elaborar el concepto de un solo Dios; a otra el del arte en su más amplia concepción; aún a otra el del orden jurídico y político, y a las naciones



europas, en fin, el de las ciencias exactas, no podemos sustraernos a la impresión de que correspondiendo siempre una distinta y perfectamente definida tarea histórica a una distinta nacionalidad o grupo de naciones de un mismo tipo cultural, las naciones no son talvez otra cosa que los diferentes órganos por los que actúa y se cumple la propia razón de ser, la idea misma de la humanidad, con toda la variedad que es el principio mismo de la vida mundial. Y si esto lo admitimos, debemos admitir también que la Rusia, por el solo hecho de su existencia como entidad nacional histórica e independiente, que a los pueblos eslavos en general, por el hecho de su reciente emancipación debe tocarles la suerte de cumplir, por su carácter racial distinto y original, una misión cultural especial. Más todavía se afianzará esta impresión si tomamos en cuenta la manera milagrosa en que se ha verificado hoy la emancipación de todo lo que de la raza eslava quedaba todavía bajo la dependencia extranjera. Y sí, en fin, nos hacemos presente que esta emancipación se apareja con el proceso de renovación de Rusia y que los dos hechos se producen en el momento preciso en que el edificio cultural romano-germánico tambalea por culpa de la misma altura a que ha llegado, no podemos menos de presentir en este extraordinario sincronismo ya no una banal coincidencia, sino los principios de cumplimiento de un vasto y armonioso plan trazado por la propia mano del gran ingeniero mundial para reponer en equilibrio dos elementos culturales, parados en su funcionamiento por haber llegado, cada uno, al límite de su desarrollo unilateral.

Por la inmensidad de sus recursos naturales, por la capacidad de incansable resistencia de su pueblo, por el providencial atraso de su civilización que hace que poca civilización pueda ser destruida, Rusia es hoy día el único país europeo capaz de dar y aguantar sin temor de perecer en medio de ruinas humeantes, el formidable hachazo con que sólo se puede cortar el nudo gordiano de la insalvable contradicción entre las libertades políticas y la dependencia económica de las masas populares europeas y cuando al cabo de cinco años de la más espantosa sangría, en medio de un desorden caótico y una miseria sin ejemplo, vemos que Rusia no sólo ha sido capaz de

imponer un procedimiento como lo es el bolshevismo, sino que sigue aguantándolo; y no solo lo aguanta, sino que ha podido sacar de sus entrañas desgarradas un nuevo ejército rojo de un millón de hombres y de terrible eficacia; que las mismas entrañas alumbran ejércitos de resistencia a la enfermedad nacional; entonces debemos decirnos que las energías latentes de Rusia son prácticamente ilimitadas. Y si lo son, es que Rusia ha de existir todavía. Y si ha de existir es para cumplir una misión.

¿Cuál será esta misión? ¿No nos sería posible hallar una contestación a esta pregunta en lo que sabemos ahora del carácter nacional ruso? ¿No se encontraría, acaso, la clave del problema social en el cumplimiento hoy por Rusia de su trabajo preparatorio a esa misión — la emancipación de todos los pueblos eslavos, en otras palabras, su habilitación para el libre funcionamiento del elemento básico del carácter de toda su raza — la tolerancia? ¿Qué es lo que pasa con los pueblos de la Europa occidental? ¿Qué es lo que les falta? Su larga lucha por la libertad, igualdad y unificación nacional ha sido, desde hace tiempo, coronado por el más completo éxito. Cualquier diario u orador de la esquina es libre de excitar a una clase de sus conciudadanos al odio contra la otra. Estadistas y changadores, profesores y analfabetos eligen con toda libertad e igualdad sus representantes y gobernantes. El último puede ser el primero. ¿De qué se quejan entonces? ¿Por qué ese “homo homini lupus” en las relaciones entre hombres tan libres y tan liberales? ¿Por qué se estremecen los humildes del mundo en un temblor de simpática expectativa a cada noticia que les llega de Rusia, si esta última lucha, como se supone, tan sólo por libertades conquistadas ya por ellos desde más de un siglo?

Es que las libertades de marca europea llevan en todo su relieve el sello germano-romano. Son libertades jurídicas, teóricamente deducidas de una abstracta y absoluta “Libertad”, con toda la rígida consecuencia del escolasticismo medioeval. Es una igualdad oficial, elaborada con un espíritu francamente feudal de desigualdad social. Les falta el principio vital de toda obra humana — la sinceridad — Libertad, igualdad y su alma fraternidad eran, en el concepto de los hombres de 1789, las

tres condiciones inseparables de la felicidad humana. Resueltas las dos primeras, las naciones europeas, durante más de un siglo, han demostrado y ahora parecen comprender su incapacidad de cumplir con la tercera. La solución debe, por consiguiente, venir de otra parte.

¿No sería, acaso, esta solución la que hoy se elabora en Rusia? ¿No sería la solución del gran problema de la actualidad — el problema social — la que en estos momentos, en medio de sangre, convulsiones y dolores — como todo nuevo principio de alcance mundial — nace de las mismas entrañas que han dado a luz a Turguenev, a Tolstoi, a Dostoievski, a Necrasov, al mismo Gorki y a tantos otros menos conocidos, cuyos corazones han latido por todo lo que es humilde y miserable? ¿No ha, acaso, apercibido el oído místico de esos hombres, mucho antes que nosotros, el lejano tronar de la tormenta social en la que se derrumban las cosas de hoy? ¿No han dicho ellos que no habrá Gloria a Dios en las Alturas, ni paz en la tierra sin benevolencia entre los hombres? ¿No respiran sus obras la profunda convicción de que en el ejercicio de esta benevolencia reside el único antídoto contra el veneno de egoísmo y esnobismo social que corrompe las relaciones entre los hombres? ¿No consiste el drama de la vida de Tolstoi precisamente en su impotencia de hacer comprender a una sociedad caída en el más chato materialismo, que su única salvación residía no en la suficiencia de profesar oficialmente la doctrina cristiana, sino en la efectiva aplicación de sus principios; no en una benevolencia dosada y reglamentada, sino en una condescendencia espontánea y cordial de todo hombre hacia todo otro? ¿No sería por ésto que a la gente europea, para la cual todo es moral cuando es legal, le parecen raros, inconcebibles y hasta imposibles los protagonistas de las grandes obras literarias rusas — místicos, inquietos, en perpetua contradicción con su conciencia, perdidos en dudas insalvables, buscando, hasta los malos, a un Dios a quien no saben donde encontrar? ¿Y no sería por ser revelaciones que esos tipos incomprensibles y paradójales, ejercen una fascinación tan irresistible, provocan un interés tan apasionado en los espíritus europeos? ¿No le habrá tocado la hora a la terrible sentencia “summum jus, summa

injuria", que rige desde que él existe, el férreo tipo germano-romano? No será en ese mismo misticismo ruso, tan ridiculizado, que los pueblos de Europa descansarán un día del materialismo que les momifica el corazón? ¿No será la fluidez del principio cultural eslavo en general la que vendrá a disolver la rigidez de la estructura social en la que se ha cristalizado el tipo europeo occidental? No habrá sido "Resurrección" más que una novela, una profecía del gran moralista de Iasnaia Poliana? ¿No será, en fin, una vez disipada la nube negra, "ex oriente lux" más que un refrán, una realidad?

Pero he aquí que empezamos a alejarnos del tema que nos hemos propuesto tratar. Temo que ya nos hallemos con un pie en la frontera de la Rusia transitoria actual — revolucionaria y revuelta y no me atrevo a contar con que mi amable auditorio querrá seguir avanzando conmigo en un terreno tan peli-groso. Haremos el viaje en tiempos mejores, ya que tiempos mejores tendrán forzosamente que venir. Acordémosnos que cuando todo parecía perdido para la Francia revolucionaria, Danton lanzaba el grito: audacia, más audacia, siempre audacia! No armoniza la audacia con el carácter ruso; ni yo tampoco tengo la pretensión de compararme al gran convencional francés. Pero a todos los amigos de Rusia, a todos los que conmigo creen en su benéfica resurrección, les pediré para mi parte confianza, más confianza, siempre confianza!

*Eugenio Stein.*